

# CIRCUITO COMPASIVO

*JOHN WYNDHAM*

Después de cinco días en el hospital, Janet ya se había hecho a la idea de una criada-robot. De ellos empleó dos en descubrir que la enfermera James era un robot, uno en recuperarse de la sorpresa, y los dos restantes en darse cuenta de la comodidad que representaba tener como sirviente a una máquina.

Este convencimiento la alivió. De hecho, cada familia que conocía tenía una criada de este tipo, que significaba el segundo o tercer objeto de más valor en la casa. Las mujeres tendían a considerarlo ligeramente más valioso que el automóvil, los hombres un poco menos.

Janet tenía plena conciencia, desde hacía algún tiempo, que sus amigas la consideraban como una mujer de poco seso, o aún peor, por cargar con el trabajo de una casa, que un robot solucionaba en unas cuantas horas diarias.

También sabía perfectamente lo que irritaba a George al llegar a casa y encontrar una esposa cansada por un trabajo innecesario. Pero se trataba de un prejuicio firmemente arraigado. No era la posición intransigente de quienes rehusaban ser servidos por camareros-robot, conducidos por choferes-robot, o vestidos por modistas-robot. Consistía, simplemente, en una sensación de incomodidad hacia ellos, de temor a quedarse a solas con una máquina, así como de una repulsa natural a experimentar este sentimiento en el propio hogar.

Janet atribuía el motivo a que su familia, muy conservadora, jamás usó tales objetos. Otras personas que, sin embargo, crecieron en casas manejadas por robots, incluso de los tipos primitivos que habían aparecido durante la generación anterior, nunca parecieron sentir esta incomodidad. Y la enfurecía que su marido creyera infantil su miedo. Una infinidad de veces había explicado a George que no era ésta la razón, sino el *disgusto* hacia la intromisión en su vida personal y privada a que el robot estaba destinado.

La enfermera-robot James fue el primer mecanismo con el que mantuvo un estrecho contacto personal, lo que significó una revelación para ella.

Al notificar al doctor su satisfacción, se sintió tranquilizada, y lo mismo su marido, que acudió por la tarde para visitarla. Luego, antes de salir del hospital, los dos hombres cambiaron impresiones.

—Excelente —opinó el doctor—. A decir verdad, temía encontrarme con una verdadera neurosis, un caso muy difícil. Su esposa nunca ha sido fuerte, y en los últimos años se ha fatigado en exceso llevando la casa.

—Ya lo sé —corroboró George—. Durante los dos primeros años de nuestro matrimonio intenté convencerla repetidas veces, pero no conseguía más que disgustos y lo dejé correr. Pero esto era ya el colmo. Se quedó muy preocupada cuando descubrió que la causa de este tratamiento era la de no tener ningún robot en casa para cuidarla.

—Bien, una cosa es cierta. No puede seguir como hasta ahora. Si lo intenta, dentro de dos meses estará otra vez aquí —dictaminó el doctor.

—No lo hará. Ha cambiado realmente de opinión —aseguró George al médico—. El problema principal residía en que nunca tuvo tratos con un robot realmente moderno. De los que poseen nuestros amigos, el más reciente tendrá por lo menos diez años, y los otros son bastante más antiguos. Nunca creyó que existiese algo tan moderno como la enfermera James. Ahora, la cuestión es, ¿qué modelo escogemos?

El doctor reflexionó un momento.

—Francamente, señor Shand, me temo que su esposa va a necesitar muchos cuidados. Yo le recomendaría un modelo que tenemos aquí. Se trata de algo muy nuevo, un tipo especial de gran sensibilidad que dispone además de un circuito compasivo-protector equilibrado. Un trabajo de primera categoría... Cualquier orden directa que un robot normal obedecería al instante, en éste es evaluada antes por dicho circuito, calculando su beneficio o daño para el paciente. Sólo en el caso que sea beneficiosa, o al menos no perjudicial, será obedecida la orden. Se han obtenido resultados maravillosos en la crianza y cuidado de niños. Pero existe una gran demanda, y me temo que este modelo resulte bastante caro.

—¿Cuánto? —preguntó George.

El precio en números redondos que le dio el doctor le hizo fruncir el ceño unos momentos. Luego dijo:

—Representa la mayor parte de las economías de Janet, pero las comodidades se logran gracias al ahorro. ¿Dónde puedo encontrar uno?

—No se pueden adquirir así como así —le informó el doctor—. Tendré que conseguirle prioridad, pero dadas las circunstancias, lo haré gustoso. Ahora vaya junto a su esposa y decidan los dos acerca de la presentación que prefieran. Luego, me hace saber lo que su esposa desea y me ocuparé de ello inmediatamente.

—Uno apropiado —dijo Janet—. Quiero decir que quede bien en una casa. Que no sea una de esas cajas de plástico provistas de palancas y anteojos. Si ha de cuidar la casa, al menos que tenga apariencia de sirvienta.

—¿No prefieres un criado?

Janet sacudió la cabeza.

—No, ya que también se va a cuidar de mí, me gustaría más una criada, con un vestido de seda negro, un delantal y un pequeño gorro blanco almidonado. Me gustaría que fuera rubia, de cabello oscuro, que mida 1,65 y tenga un aspecto agradable, pero que no sea demasiado guapa. No quiero ponerme celosa...

El doctor retuvo a Janet otros diez días en el hospital, mientras se resolvía el asunto. Tuvieron suerte, pues se canceló un encargo y ganaron el turno, aunque tuvieron que esperar un poco debido a los requisitos exigidos por Janet, sin contar con que fue preciso añadirle también los circuitos normales de pseudo-memoria de una criada doméstica, para que llevara a cabo el trabajo de la casa.

Se lo entregaron al día siguiente de su salida del hospital. Dos graves mozos-robot depositaron una caja en la puerta principal, preguntando si deseaban que fuese desembalada. La mujer dijo que no y les rogó que la dejaran allí mismo.

Al llegar, George quiso abrirla inmediatamente, pero su esposa meneó la cabeza.

—Primero la cena —decidió—. Al robot no le importa esperar.

La cena fue breve. Cuando terminaron, George llevó los platos a la cocina y los apiló en el fregadero.

—¡Se acaban de fregar los platos! —exclamó, satisfecho.

Se acercó a la casa vecina para pedir prestado un robot que le entrara la caja, pero como ésta pesaba más de lo previsto, tuvo que apelar también al de la casa de enfrente. Entre los dos, lo entraron al fin y lo depositaron en la cocina; luego se retiraron.

George fue a buscar un destornillador y quitó los seis grandes tornillos que mantenían la tapa en su sitio. El interior estaba lleno de virutas. Las quitó todas y las tiró al suelo.

Janet protestó.

—¿Qué haces? *Vamos* a tener que limpiarlo —exclamó divertida.

En el interior había otra caja más ligera. Al abrir la tapa apareció una capa de cuero blanco como la nieve. George la enrolló con cuidado y la sacó. Debajo, con un vestido negro y un delantal blanco, yacía el robot.

Lo miraron durante algunos segundos sin hablar.

Parecía realmente vivo. Por alguna razón, a Janet le pareció extraño que aquel fuera *su* robot..., notó un sentimiento nervioso y oscuro de ligera culpabilidad...

—La bella durmiente —comentó George mientras buscaba el manual de instrucciones.

No se podía decir que el robot fuese una belleza. Se habían respetado los deseos de Janet. Parecía agradable, tenía buen aspecto y todos los detalles se hallaban muy cuidados. Su pelo dorado era abundante y casi envidiable, pese a estar compuesto posiblemente de hebras de plástico ondulado irrompible. La piel, otra especie de plástico que recubría un cuerpo cuidadosamente reproducido, sólo se distinguía de la verdadera por su perfección.

Janet se arrodilló ante la caja y recorrió con un dedo aquella impecable complexión. Estaba bastante, bastante fría.

Se sentó sobre los talones y pensó que le acababan de regalar una muñeca grande, una maravillosa muñeca de metal, plástico y circuitos electrónicos. Pero también algo inquietante.

En primer lugar, no esperaba considerarla como «eso». Le gustase o no, la consideraría en su interior como «ella». Por otra parte, necesitaría un nombre, lo que aumentaría su parecido con una persona.

—«Un modelo equipado con baterías —leyó George—. Requiere normalmente una carga nueva cada cuatro días. Otros modelos, sin embargo, están diseñados para generar su propia electricidad, en cuanto sea necesario». Vamos a sacarlo.

Lo tomó por las axilas e intentó levantarlo.

—¡Uf! —exclamó—. Debe pesar tres veces más que yo —probó de nuevo—. ¡Demonios! —y buscó otra vez el libro.

Sus cejas se contrajeron.

—«Los interruptores de control se hallan situados en la espalda, un poco más arriba de la cintura». Muy bien, quizás podamos darle la vuelta.

Con un esfuerzo consiguió poner el maniquí de costado y comenzó a desabrochar los botones del vestido. A Janet le pareció una indelicadeza y dijo:

—Yo lo haré.

Su marido le echó una rápida mirada.

—De acuerdo, es tuyo —cedió.

—No es una cosa. La voy a llamar Hester.

—Perfectamente —respondió él.

Janet desabrochó los botones y rebuscó por debajo del vestido.

—No encuentro nada.

—Tiene que haber un pequeño panel que se abre —le informó él.

—¡Oh, no! —exclamó ella en un tono ligeramente alterado.

Su marido la miró de nuevo.

—Querida, no es más que un robot, una máquina.

—Ya lo sé —respondió Janet con sequedad.

Se recobró de nuevo y abrió el panel.

—«Se gira el interruptor superior media vuelta a la derecha y se cierra el panel para completar el circuito» —leyó George en el manual.

Janet obedeció y se sentó de nuevo, rígidamente, sobre los talones, esperando.

El robot se estremeció. Luego se volvió, se sentó para finalmente levantarse. Permaneció ante ellos, como una perfecta doncella de película.

—Buenos días, señora —saludó—. Buenos días, señor. Me sentiré complacida en servirles...

—Gracias, Hester —respondió Janet, mientras buscaba apoyo en su almohadón. No era necesario dar las gracias a un robot, pero decidió que si no se practica la cortesía con los robots, pronto se olvida en su uso el trato con las demás personas.

Por otra parte, Hester no era un robot corriente. No volvió a llevar el uniforme de doncella. En cuatro meses se convirtió en una amiga, una incansable y atenta amiga. Ya desde el principio, a Janet le había costado creer que fuera una máquina. Con el correr de los días se transformaba más y más en una persona.

El hecho que consumiese electricidad en vez de comida no tenía la menor importancia. En una ocasión comenzó a girar sobre sí misma y en otra se alteró su sentido de la perspectiva y dispuso todos los objetos de la casa al revés, pero esto no eran más que indisposiciones como las tendría cualquiera, y el mecánico-robot que venía para ajustarla cobraba lo mismo que cualquier médico. Hester no sólo era una persona, sino una compañía preferible a otras muchas.

—Supongo —comentó Janet, recostándose en la silla— que me considerarás como una pobre cosa débil.

Si algo no se esperaba de Hester eran los eufemismos.

—Sí —respondió francamente. Pero luego añadió—. Creo que los humanos son pobres cosas débiles. Están hechos así. Hay que sentir lástima por ellos.

Janet pensaba que en tales ocasiones era el circuito compasivo el que hablaba, o intentaba imaginar la labor de computación, selección, asociación y síntesis que Hester debía efectuar para producir una observación semejante. Como diría un extraño, había tomado las cosas bien.

—Comparados con los robots, es natural que lo parezcamos. Eres fuerte e incansable, Hester. ¡Si supieras cuánto te envidio! —añadió.

Hester se ajustó a la verdad.

—Nosotros fuimos diseñados. Ustedes fueron accidentales. No es culpa suya, es una desgracia.

—¿Te consideras mejor que yo? —preguntó Janet.

—Por supuesto —respondió el robot—. Somos más fuertes, no tenemos que dormir periódicamente para recuperarnos, ni llevar dentro una fábrica química de funcionamiento inseguro. No hemos de crecer ni nos deterioramos. Los seres humanos son torpes, frágiles y enferman a menudo porque hay algo en ellos que no trabaja debidamente. Si se nos estropea algún órgano o se rompe, podemos sustituirlo inmediatamente. Ustedes tienen una serie de palabras tales como dolor, sufrimiento, infelicidad y fatiga, cuyo significado no entendemos y que nos han de enseñar que son inútiles para nosotros. Lamento que deba depender de estas cosas y sea tan débil y frágil. Se desequilibra mi circuito compasivo.

—Débil y frágil —repitió Janet—. Así es como me siento.

—¡Los humanos tienen que vivir tan precariamente! —prosiguió Hester—. Si perdiese una pierna o un brazo, en pocos minutos tendría otro nuevo. Pero un ser humano no sólo sufriría largo tiempo, sino que se

consideraría afortunado con sanar, aunque le faltara un miembro. Y después de diseñarnos, ustedes han aprendido a hacer brazos y piernas más fuertes y mejores que los antiguos. La gente debería apresurarse a cambiar un brazo débil por otro mejor, pero no parece desearlo si puede conservar los que ya tenía.

—¿Quieres decir que se pueden injertar? No lo sabía —se asombró Janet—. Si mi problema se limitase a las piernas o a los brazos, quizá dudaría, pero...

Suspiró.

—El doctor no me dio muchos ánimos esta mañana, Hester. He perdido fuerzas y debo descansar más. No espera que me fortalezca mucho; precisamente estaba intentando animarme cuando... Tenía una curiosa expresión después de la revisión. Pero lo único que dijo era que tenía que descansar. ¿Para qué sirve estar vivo si sólo se descansa, se descansa y se descansa?... Y el pobre George, ¿qué clase de vida es la suya? ¡Es tan paciente y tan cariñoso! Haría cualquier cosa por reponerme, pero... Pronto moriré...

Janet hablaba más para sí que para la paciente Hester. Comenzó a llorar y la miró.

—¡Oh, Hester! Si fueras humana creo que no podría soportarte. Te odiaría por ser tan fuerte y tan sana. Pero no puedo, Hester. ¡Eres tan amable y tan paciente cuando me pongo tonta como ahora...! Creo que hasta llorarías conmigo... por acompañarme, si pudieras.

—Lo haría si pudiera —corroboró Hester—. Mi circuito compasivo...

—¡Oh, *no!* —protestó Janet—. No es posible. Has de tener un corazón en alguna parte, Hester. Has de tenerlo.

—Espero que sea más útil que un corazón —dijo Hester.

Se acercó ella, se inclinó y tomó en brazos a Janet como si no pesara nada.

—Se ha cansado demasiado, querida Janet. La llevaré arriba para que duerma un poco antes que su marido regrese.

Janet sintió los brazos del robot a través del vestido, pero su frialdad ya no le molestaba. Lo único importante era que unos brazos fuertes la protegían.

Murmuró:

—¡Cómo me alivias, Hester! Sabes siempre lo que debo hacer. —Hizo una pausa y añadió doliente—: Sé lo que piensa, el doctor quiero decir, lo adivino. Cree que me iré debilitando, debilitando, hasta que un día desfallezca y muera. Me moriré pronto y no quiero, Hester. No quiero morir...

El robot la meció un poco como si fuera una niña.

—Vamos, vamos, querida. No se encuentra tan mal como parece —la animó—. No debe pensar en morir ni tampoco debe llorar. No es bueno para usted, ya lo sabe. Además, no querrá que su marido sepa que ha estado llorando.

—Lo intentaré —asintió Janet, obediente, mientras Hester la sacaba de la habitación y subía las escaleras...

El recepcionista-robot del hospital levantó la cabeza del escritorio.

—Mi esposa —pidió George—. Hace una hora que llamé preguntando por ella.

El rostro del robot asumió una impecable expresión de simpatía profesional.

—Sí, señor Shand. Lamento la fuerte impresión que ha sufrido usted, pero, como ya le dije, su sirvienta-robot hizo lo que debía y nos la envió inmediatamente.

—He intentado establecer comunicación con su médico, pero está ausente —le informó George.

—No debe preocuparse por ello, señor Shand. Ha sido examinada y disponemos de todos los datos precisos del hospital donde estuvo internada anteriormente. La operación ha sido fijada, en principio para mañana, pero, desde luego, necesitamos su consentimiento.

George vaciló.

—¿Podría ver al doctor que se encarga del caso?

—En este momento no se halla en el hospital, lo siento.

—¿Es absolutamente necesario...? —preguntó tras una pausa.

El robot lo miró inmutable e hizo una señal afirmativa.

—Durante los últimos meses se ha debilitado progresivamente.

George asintió.

—De no intervenir, seguiría debilitándose y padecería más antes del fin —explicó el robot.

George miró confuso la pared durante algunos segundos.

—Ya veo —murmuró sombrío.

Tomó la pluma y firmó con mano temblorosa el formulario que el robot le puso delante. Lo miró unos momentos sin verlo.

—¿Tendrá..., tendrá posibilidades de éxito?

—Sí —respondió el robot—. Nunca está ausente el riesgo, desde luego, pero existen muchas probabilidades de completo éxito.

George suspiró de nuevo.

—Me gustaría verla —rogó.

El robot oprimió un botón.

—*Debe verla* —respondió—. Pero le ruego que no la moleste. Ahora está durmiendo y es mejor no despertarla.

George tuvo que conformarse, pero abandonó el hospital tranquilizado por la plácida sonrisa que se dibujaba en los labios de su mujer mientras dormía.

Del hospital le llamaron a la oficina al día siguiente por la tarde. La operación parecía haber resultado un completo éxito, y todos confiaban en ello. No había, pues, motivo de preocupación. Los médicos se sentían muy satisfechos. No, no le convenía a la paciente recibir visitas durante cinco días por lo menos, pero ello no significaba nada alarmante, en absoluto.

George llamó cada día con la esperanza que le permitieran visitarla. Se mostraron amables, pero inflexibles en esta cuestión. Al quinto día, sin embargo, le comunicaron repentinamente que su mujer había sido dada de alta y se hallaba ya en casa. George se quedó desconcertado; esperaba que la convalecencia durara semanas. Salió corriendo, compró un ramo de rosas y se saltó media docena de señales de tránsito para llegar antes.

—¿Dónde está? —le preguntó a Hester al abrirse la puerta.

—En la cama. Pensé que lo mejor... —comenzó Hester, pero George no escuchó el resto, porque se hallaba ya en la escalera.

Janet estaba acostada. Sólo la cabeza sobresalía de la colcha, con un vendaje alrededor del cuello. George puso las flores sobre la pequeña mesa de noche, se inclinó sobre ella y la besó gentilmente. La mujer le miró con ansiedad.

—¡Oh, George, querido! ¿Te lo ha dicho?

—¿Quién me ha dicho el qué? —preguntó él, sentándose en el borde de la cama.

—Hester. Me dijo que lo haría. ¡Oh, George! No quise hacerlo. No pensaba hacerlo. Ella me envió, George. Me sentía tan débil y desgraciada. Quería estar fuerte y no comprendía lo que significaba realmente. Hester dijo...

—Tómalo con calma, querida. Tranquilízate —sugirió su marido con una sonrisa—. ¿Qué quieres dar a entender?

Buscó bajo las sábanas y tomó una de sus manos.

—Pero George... —comenzó ella.

Él la interrumpió.

—Querida, tienes las manos terriblemente frías. Parece como...

Sus dedos subieron a lo largo del brazo y la miró con ojos desorbitados, incrédulamente. De un brinco saltó de la cama y quitó la colcha de un tirón. Puso la mano sobre el leve camisón, a la altura del corazón, y la retiró como si le hubieran pinchado.

Se tambaleó.



—¡Dios mío! ¡No! —exclamó, mirándola.

—Pero, George. George, querido —imploró la cabeza de Janet desde las almohadas.

—¡NO! ¡NO! —gritó George, casi con un chillido.

Dio la vuelta y abandonó corriendo, ciegamente, la habitación.

Pero en la oscuridad del rellano no encontró el peldaño superior de la escalera y cayó de cabeza hasta el piso inferior, con gran ímpetu.

Hester lo encontró, hecho un ovillo, en el vestíbulo. Se inclinó para explorar cuidadosamente el daño que había sufrido. La extensión de éste y la fragilidad de la estructura dañada alteraron grandemente su circuito compasivo. No intentó moverlo. Se dirigió al teléfono y marcó un número.

—¿Urgencia? —preguntó, y dio el nombre y la dirección—. Sí, inmediatamente —apremió—. Quizás no quede mucho tiempo. Muchas fracturas graves. Creo que se ha roto la columna vertebral, pobre hombre... No, la cabeza no parece haber sido afectada... Sí, mucho mejor. Quedaría tullido para el resto de sus días, aun en el caso de salvarse... Sí, conviene que envíen el formulario de consentimiento con la ambulancia, para que se pueda firmar en seguida... ¡Oh, sí! No habrá ningún inconveniente. Su esposa firmará.

**FIN**

Título Original: *Compassion Circuit* © 1954 by King Size Publications.  
Digitalización, Revisión y Edición Electrónica de Arácnido.  
Revisión 3.